

LUIS ROMERO

desastre en Cartagena

MARZO
1939

SANCHEZ
ARCAIZTEGUI

Tras publicar *Tres días de julio* (que fue, como se recordará, el libro más vendido en España en 1967), Luis Romero abordó el estudio del final de la guerra civil, uno de cuyos episodios más decisivos es el que se relata en la presente obra. Una paciente y prolongada investigación sobre documentos, visitas al escenario de los hechos, entrevistas con muchísimas de las personas de los distintos bandos que protagonizaron o fueron actores secundarios en aquellos sangrientos sucesos, han puesto en manos del autor un impresionante acopio de datos, los más de primerísima mano y muchos de ellos inéditos.

¿Por qué, hasta ahora, los sucesos de Cartagena han sido silenciados, tergiversados o mal explicados desde los distintos bandos en lucha? Una frase del autor en el prólogo podría darnos la clave: «... en Cartagena nadie gana, todos pierden...» Así, pues, *Desastre en Cartagena* es la crónica de una derrota, y no sólo aclara definitivamente lo que hasta ahora constituía un enigma histórico, sino que contribuye a reflejar admirablemente el clima de temor e incertidumbre que caracterizó el final de la guerra.

En *Tres días de julio* se reveló como cronista imparcial, y ahora ha sabido imprimir a *Desastre en Cartagena* una eficacia narrativa que convierte a esta obra en un libro de lectura tan fácil como apasionante.

PRÓLOGO

Cumplen por ahora los cuatro años de que, terminado y publicado mi anterior libro, *Tres días de julio*, me propuse estudiar otra época o etapa de nuestra guerra. Esta vez sería el final. Desechada la idea de que podía ceñirme a los tres últimos días y efectuado un primer análisis de los hechos, llegué a la conclusión de que si resultaba imposible señalar cuándo comenzaba el final,^[1] mi trabajo debería abarcar aproximadamente el último mes. Es decir, desde la reunión que el presidente del gobierno, Negrín, a su regreso de Francia, sostuvo en Los Llanos (Albacete) con los principales mandos del ejército, la marina y aviación republicanos. Esa fecha, que me costó trabajo establecer y que, salvo prueba en contrario, fue el 27 de febrero de 1939, pensé que sería la que debía servirme de arranque para el libro.

Desde siempre —aunque en rigor mi «siempre» se refiera a mucho antes de aquellos días en que los hechos se produjeron— me interesó lo que pudiera llamarse la revuelta de Cartagena, que en el libro he titulado, *Desastre en Cartagena*, porque el que me hubiese gustado, *Caos en Cartagena*, ya había sido utilizado en un fascículo de mucha difusión que se ocupaba de este episodio. Recordaba imprecisamente haber oído por radio, entonces, las noticias que sobre los hechos se dieran, pero también recuerdo que al día siguiente una información de mayor resonancia las desplazaba: la sublevación de Casado. Y noticias de primer rango fueron precipitándose y dando de lado la sublevación cartagenera. La lucha en Madrid entre fuerzas comunistas y «casadistas», alusiones a las gestiones de paz, la última ofensiva y el final

de la guerra. De lo de Cartagena no se habló más, o se habló muy poco. Terminada la guerra, la vida individual iba a orientarse por otros caminos que harían que cualquier relato, incompleto y parcial siempre, mereciera atención secundaria.

Cuando ya tenía recogida buena copia de material para mi libro sobre el final de la guerra, que confío será el próximo que publique, me hallé desbordado. Libros, cartas, notas de entrevistas, publicaciones, mapas, fotografías, folletos, apuntes, fotocopias de documentos y periódicos, fichas y demás me acechaban por los cuatro costados y, dada su naturaleza, sus contradicciones, la intrincada complejidad de los acontecimientos y su difícil traducción a la verdad objetiva, y la condición de provisionalidad que todavía me era forzoso atribuir a mis conclusiones, sumado a la necesidad de visitar a más personas, escribir a otras, cotejar libros entre sí o con diversas fuentes, hacían que el trabajo y la incertidumbre me abrumaran. Construí una serie de cuadros sinópticos para poner en claro, ante mí, fechas y circunstancias, y uno de ellos lo dediqué a los hechos de Cartagena, que, aunque muy ligados al conjunto, presentaban un carácter distinto, o diferenciado por lo menos, y una localización geográfica un tanto aislada. De ahí me vino la idea, para disminuir el papeleo, de seguir un método, quizá no demasiado recomendable: historiar primero y por separado lo ocurrido en Cartagena, tema sobre el cual había reunido más datos, y después ensamblar el resultado en el común. Así lo comencé a hacer poniéndome ante la máquina y desglosando las notas, apuntes y documentación que a Cartagena se referían.

Esto debió ocurrir año y medio atrás. El trabajo, a pesar de las dificultades que presentaba, lo despaché con cierta rapidez. Me obligó a realizar algún nuevo viaje, a diversas visitas, a la revisión de algunas de las conclusiones anteriores. Terminé un *manuscrito*^[2] que momentáneamente quedó arrinconado.

Nuevos viajes, nuevos trabajos, hasta que hace unos meses y enfrentado con la imposibilidad de dar al nuevo libro sobre el final de la guerra el tratamiento literario con que lo había concebido o proyectado —en cierta medida semejante a *Tres días de julio*— y considerando además que si la narración de los sucesos de Cartagena iba a ocupar cerca de las cuatrocientas páginas y el ensamblaje con el resto resultaría difícil, era preferible decidirse por lo que pudiera haberme decidido antes: dedicar un libro entero a aquellos hechos, al drama, caos, o desastre de Cartagena.

Examinando el *manuscrito*, lleno de correcciones, que quedara arrumbado, advertí ciertas lagunas, una en particular, que tenía que colmar si iba a publicarse como volumen separado del resto. Se hacía imprescindible vencer algunas reservas para ampliar datos y superar contradicciones. Un viaje que dio por resultado dos conversaciones intensivas de ocho o más horas cada una, dejaron el *manuscrito* en condiciones de ser rehecho. El resto era compulsación de datos sobre la marcha y corrección de algunos errores que pudieran haberse deslizado.

¿Merecía la pena dedicar un libro tan voluminoso a estos «tres días de Cartagena»? Éste es el interrogante que me formulé yo en primer lugar, que los editores se hicieron cuando les propuse la publicación y que quizá se pregunte el futuro lector al enfrentarse con el libro. Sólo deseo que la respuesta del lector, que en definitiva es quien tiene la última palabra, coincida con la mía y con la que dieron los editores una vez leído el *manuscrito*. Podría alegar razones y argumentos en favor de esa respuesta afirmativa hasta llenar páginas y páginas de comentarios; confío en que el texto haga innecesarios comentarios y alegaciones.

Podría aseverarse, resumiendo mucho, que en Cartagena nadie gana, todos pierden, y de ahí que ninguno haya demostrado demasiado interés en comentar aquellos hechos, y menos en ponerlos en claro. Aparentemente, y usando una terminología elemental, *ganaría* la brigada 206; sin embar-

go, mientras está operando sobre Cartagena ya le han segado la hierba debajo de los pies; enviada por el gobierno Negrín a sofocar la sublevación y a evitar que la flota republicana abandone la lucha, resulta que mientras combate, la flota se ha internado en Bizerta, que el gobierno Negrín, derrocado, ha partido para el exilio y que también lo han hecho los principales dirigentes del PCE. En el último instante, el partido encomienda a los combatientes de la 10.^a división un nuevo cometido que podrán cumplir en los últimos días de la guerra. Pero ésa es ya otra historia. De la misma manera los supervivientes del *Castillo de Olite*^[*] y miembros de la quinta columna se apoderarán de la ciudad con un día de antelación a la llegada de las tropas nacionales. Para ser exactos, el comandante López-Cantí, que había sobrevivido a la tragedia del *Castillo de Olite*, comunicó a Burgos a las 15 horas 10 minutos, del 29 de marzo, haberse hecho cargo del mando de la plaza. Plasta las 17 horas del día siguiente no llegó la 4.^a división, que mandaba el general Alonso Vega, del cuerpo de ejército de Navarra, unidades de la marina y tropas embarcadas. Pero, ya lo he dicho, ésta es otra historia.

Los sucesos de Cartagena, aparte de su interés histórico-político, presentan otro interés, el que pudiéramos llamar humano o psicológico, que casi me atrevería a calificar de novelesco por la carga de emoción, por lo intrincado de las situaciones en que se encontraron metidos dirigentes y comparsas, porque todas las fuerzas internas que mueven al hombre en sus determinaciones, desde el heroísmo a la cobardía, desde el oportunismo a la fidelidad, desde la audacia al conformismo, desde la consecuencia al desconcierto, blanduras y crueldades, lo quijotesco y lo sanchopancesco, dobleces, disimulos, chaqueteos, gallardías se dieron con profusión y, en algunos casos, actitudes que parecen incompatibles se juntaban en el ánimo y en la conducta de las mismas personas. Establecer un punto de claridad dentro de ese torbellino de actuaciones individuales ha sido uno de los

objetivos que me he propuesto; confío haber conseguido algo en tan complejo dominio, aunque he de confesar que puedo haber equivocado matices. Treinta años corridos son mucha distancia; las circunstancias que siguieron a los hechos plantearon situaciones extremas, y a algunas personas la confusión de aquellas tremendas horas no les dio ocasión siquiera de poner en claro sus propios sentimientos y les obligó a obrar por impulsos inmediatos, casi primarios. Me atengo principalmente a los hechos y en el cuadro general de la situación me he esforzado por hallar los motivos y móviles. Conversaciones personales y documentación, por lo general redactada en momentos bastante inmediatos a los sucesos, quizá demasiado, me han servido de guía. En ningún caso trato de enaltecer, justificar, o disminuir, y menos condenar a nadie. Ha sido preciso juntar el material recogido, descomponerlo y reconstruirlo de nuevo con arreglo a los resultados del conjunto, y evitar que nadie me influyera en esa labor.

Antes de proponerme escribir *Desastre en Cartagena*, ni ese otro libro sobre el final de nuestra guerra, que quedará desglosado en dos, había tratado de hallar respuesta a los confusos recuerdos personales sobre tan singulares acontecimientos. Hugh Thomas, el mérito de cuyo libro no excluye la conveniencia de someter a comprobación lo que relata, da una versión sucinta. Porque probablemente no atribuyó mucha importancia a los hechos, se deduce que no los estudió con datos suficientes y veraces, de ahí las equivocaciones en que incurre. Broué y Témime, les dedican un párrafo; también hay errores, incluso en la visión panorámica de lo que aconteció. A Cartagena se refieren con mayor extensión Jesús Hernández en su obra *Yo, ministro de Stalin en España*, Edmundo Domínguez en *Los vencedores de Negrín*, y Álvarez del Yayo en *Les batailles de la liberté*. Casi todos los que han escrito sobre el conjunto o postrimerías de la guerra, aluden a Cartagena con mayor o menor extensión. La circunstancia de haber reconstruido *a posteriori* los hechos

confusos ya de suyo, a través de versiones fraccionadas, de primera, segunda y hasta tercera mano y siempre partidistas, les suele hacer incurrir en inexactitudes y contradicciones. Se extiende más, también con evidente parcialismo desde luego, Manuel Benavides en su libro *La Escuadra la mandan los cabos*. Da muchos nombres, añade y precisa circunstancias, y a pesar de que no estuvo allí, resulta evidente que intentó, y en cierta medida lo consiguió, averiguar bastante sobre los sucesos, incluso en sus detalles, que le fueron explicados por personas que sí estuvieron presentes. Otro libro importante y de interés por lo que al episodio de Cartagena se refiere, es la *Historia de la Guerra de España*, de Julián Zugazagoitia. En la edición de 1940, que es la que manejo, se le dedican al tema siete apretadas páginas, y aun se le alude en otras. La lectura de estas páginas acrecentaron mi interés al respecto. Debo advertir, sin embargo, que estoy en desacuerdo con alguna de las afirmaciones que se hacen: «... el coronel Armentia, jefe indudable de los falangistas», a pesar de que más adelante matiza mejor su verdadera posición. Tampoco estoy de acuerdo con algunas de las revelaciones que hace sobre la flota, pues, de creerle, los decididamente «quintacolumnistas» ejercían en ese momento una influencia tan decisiva que me parece exagerada. Dice en otro punto, que «los rebeldes confiesan más de cuatrocientos muertos», y como de esta cifra se excluyen los del *Castillo de Olite*, que fueron muchos más, y los que cayeron víctimas de las represalias, resulta una exageración —no digo que sea imputable sólo a Zugazagoitia— que desvirtúa los acontecimientos; pues los muertos rebeldes en acción de guerra no parece sobrepasaran la veintena. No alude, en cambio, a la presencia de buques nacionales de guerra y de transporte frente a Cartagena. Como los demás que tratan del suceso, equivoca fechas y horas. En algún caso me temo que le arrastrara al error el subconsciente deseo de extraer consecuencias políticas. Dice, por ejemplo: «La estación emisora de la escuadra, establecida en Los Dolores, es asaltada y

emite, un poco más tarde de que Casado leyese desde Madrid el manifiesto de la Junta Nacional de Defensa, en idioma de Franco, la noticia de que Cartagena es del Caudillo». Comprobado está que cuando se constituye en Madrid el Consejo Nacional de Defensa, la emisora de Los Dolores había sido recuperada por fuerzas de la brigada 206 desde hacía bastantes horas, unas diez o doce aproximadamente, o quizá más. Al hacer estos comentarios, y en este caso con mayor fundamento, no pretendo polemizar con nadie y menos con quienes no pueden contestar. Comprendo muy bien las condiciones en que escribieron sus libros y la escasez de datos que manejaban, que se reducían en ocasiones a explicaciones orales, desordenadas, proporcionadas casi siempre por personas que trataban de justificarse, de justificar a alguien o de atacar a sus enemigos con animosidad que les obcecaba. Hay también los que tergiversaban con lo que calificaría de mala fe, si es que el término tiene aplicación en cuestiones de guerra y de política o en estos casos hay que sustituirlo por «finalidades de propaganda». Me veo obligado a confesar que, con más datos, más tiempo para cotejarlos y analizarlos, y sin proponerme servir a nadie, yo mismo he podido, a mi vez, equivocarme.

He citado, de pasada, algunos libros. Son muchos más los leídos y también artículos o trabajos aparecidos en revistas pollo general publicadas en países hispanoamericanos. Las contradicciones eran tan grandes, salvo cuando se copiaban unos a otros, que suscitaron mi interés por los hechos de Cartagena bastante antes de pensar en escribir sobre ellos. Algunas circunstancias de nimia apariencia contribuyeron a acrecentar mi interés. Por ejemplo, es común a casi todos los autores, la noticia de que el coronel Armentia se suicidó al fracasar la sublevación. Una persona, a quien nunca agradeceré bastante las largas horas que dedica a informarme en cada una de sus visitas periódicas a Barcelona, archivo viviente y generoso, luchador viejo y nunca desengañado, me aseguró que el coronel Armentia no se había suici-

dado, sino que había sido muerto en el asalto al parque de artillería. Los informes que me daba eran concluyentes: la identificación de la persona que disparó contra Armentia, o de una de las que dispararon. ¿Cómo y por qué podía repetirse un error en tantos libros y escritos? Cuando hallé un testigo presencial de la muerte del coronel Armentia —no quien disparó contra él, sino, por el contrario, alguien que se salvó del trance por milagro— comprendí las causas del error. Cayó el coronel con la pistola en la mano y en aquellos momentos de confusión fueron varios los que le vieron caído; pienso, que la pistola pudo quedar dirigida contra su cabeza. La noticia errónea correría por ambos bandos simultáneamente. También hay quienes cuentan que el coronel salió al corredor con bombas de mano; quien lea este libro, averiguará por qué debió circular esta noticia. ¿Hubo un miento de suicidio más o menos consciente en aquella salida brusca de Armentia empuñando la pistola? La hipótesis no es descabellada; también pudo ser desesperado intento de abrirse camino o un acto de gallardía final independiente de la idea de suicidio.

Otros pequeños errores que se me hicieron en seguida evidentes, como atribuir el ataque gubernamental-comunista contra los rebeldes de Cartagena a la 11.^a división, cuando esta unidad se había disuelto al final de la campaña de Cataluña, al pasar la raya francesa, y otros muchos que resultarían largos de enumerar pero que saltan a la vista, hicieron que cuando me propuse escribir sobre el tema procurara acudir a fuentes más directas y en particular a las personas que participaron en los sucesos y me resultaban asequibles.

Estaba olvidando comentarlo y por algo será que, como es normal, recurría a lo que sobre los sucesos de Cartagena se había publicado en España. La *Historia Militar de la Guerra de España* les dedica dos cortos párrafos. El primero comienza así: «La sublevación comunista (*sic*) de Cartagena, mandada por un madrileño de nombre Escanilla...» Diez líneas se reservan al episodio en el libro *Guerra de Libera-*

ción, del coronel Díaz de Villegas. A pesar de que la versión es más ajustada, se advierte que los hechos no fueron suficientemente estudiados, por lo menos en su planteamiento primero, o que se carecía de datos suficientes cuando el libro fue escrito. Acaecidos a menos de un mes del final de la guerra, se marginaban. En otra obra, dedicada a la guerra en el mar, ni se les alude siquiera... Hasta la *Historia General de la Cruzada* estudia superficialmente y con errores evidentes el episodio de Cartagena. De la superficialidad con que el hecho está narrado daré una prueba. La sublevación falangista la da como ocurrida el día cinco; después, haciéndose eco de un autor republicano —que peca de optimista— dice que, por la tarde, el levantamiento de Cartagena estaba casi dominado. Y, en cambio, añade que el *Castillo de Olite* fue hundido cuando se preparaba a las operaciones de desembarco. Como el hundimiento del transporte ocurrió el día siete hacia el mediodía, las consecuencias que pudieran deducirse serían desoladoras. Claro que la cosa no ocurrió así. Digamos en descargo de ese formidable archivo de datos que es la discutida *Cruzada*, que si para reconstruir los hechos de marzo de 1939 no nos ha dado un solo dato válido, en cambio, en otros volúmenes, hemos hallado antecedentes de las personas que en esos días han jugado papeles importantes, a los cuales en algún caso aludimos y en otros nos han servido para documentarnos y comprender mejor determinadas actitudes.

Había realizado dos viajes a Cartagena, había hablado con muchísimas personas y tenía un conocimiento de los hechos bastante amplio, cuando leí las memorias del almirante don Juan Cervera Valderrama, aparecidas poco antes. Si no me equivoco, es el primer libro de los publicados en España en que se habla con cierta extensión de los sucesos de Cartagena. Para empezar, los enfoca desde el lugar que él ocupaba, jefe del Estado Mayor de la Armada; segundo, habla como uno de los protagonistas y testigo presencial de cómo los hechos fueron vistos desde el Cuartel General del Gene-

ralísimo en Burgos. Sobre la versión que da después, de lo ocurrido en Cartagena, es decir, lo que se refiere a hechos que le fueron contados, diferimos en algunos puntos y no es de extrañar dada la época en que el almirante debió redactar sus memorias y la escasez de noticias que todavía circulaban, en particular con respecto al enemigo. Además, y eso no conviene olvidarse, los sucesos de Cartagena son una parte reducida, un episodio, en el conjunto de unas memorias voluminosos. Hay un dato que me inclino a suponerlo errata: «La flota republicana, que está navegando desde las ocho horas en silencio...» Tampoco era fácil que en aquella época dispusiera de noticias precisas sobre el movimiento de la brigada 206, a la cual supone interviene en la lucha con bastante retraso. Los propios sublevados de Cartagena tardaron demasiado en identificar a los combatientes de esta unidad que eran quien les estaban acorralando y obligando a encastillarse y por tanto a quedar aislados. Para mi trabajo, las memorias del almirante Cervera han sido de gran valor. Además de proporcionarme algunos datos muy precisos, han servido para confirmarme de manera oficial las noticias que ya tenía sobre la presencia frente a Cartagena, de la escuadra de bloqueo y de las importantes fuerzas de desembarco. Igualmente sobre lo que le sucede al *Castillo de Olite*, que coincide con las distintas noticias de muy diversas fuentes recogidas personalmente por mí. Y algo más, que considero interesante en las citadas memorias, el párrafo que reproduzco y que parece explicar algo: «Se hicieron amargas conjeturas sobre estos dolorosos sucesos y, cual ocurre frecuentemente, la fantasía enjuició a todos los que más o menos directamente intervinieron y señalaron como responsables de un quebranto inherente a operación de tan gran envergadura y excepcional urgencia. Ni el Estado Mayor de la Armada pudo realizar labor más metódica y previosa ni las autoridades desmayaron en su difícil ejecución. La premura del auxilio y escasez de material impuso que se utilizaran, para el transporte de tropas, los barcos que había a

mano, algunos sin condiciones, desprovistos de estación radiotelegráfica. Los movimientos de los transportes, que tenían estación de radio, se conocían al detalle tanto en los puertos de origen cuanto por las fuerzas navales que había preparadas para recibirlos y guiarlos. Así ocurrió a los primeros que pudo el almirante incorporarlos a su insignia, pero, por muy doloroso que sea, no es extraño que esos dos vapores, sobre los que se cebó la desgracia, careciendo de elemento moderno tan indispensable a pesar de las gestiones que hicieron en Castellón para instalárselos de fortuna, recibieran la sorpresa de encontrarse, al recalar, con el fracaso de la tentativa y la orgía de comunistas adueñados, durante unas horas, de las defensas del puerto. Bien disculpable es que el dolor acucie la responsabilidad, pero la verdad histórica tiene que oponer el valladar de tantos quebrantos como registran las crónicas militares consecuencia de circunstancias, tiempo, oportunidad, fenómenos inevitables que laceran el alma de quien aguarda con esperanza el desarrollo feliz de sus decisiones. ¡Descansen en paz las víctimas de aquellos sucesos que vistieron de luto los últimos actos de la campaña marítima!»

Si a pesar de mi ignorancia de las ciencias militares —no de las armas y los conocimientos propios del soldado raso— se me permite opinar con respecto al desembarco en Cartagena que no llegó a realizarse, diré, a la vista de los elementos que ahora tengo al alcance de la mano y que en su totalidad quedan explicados en el libro, que pudo efectuarse con muchas probabilidades de éxito. Si como, según parece, el general Martín Alonso propuso desembarcar un número reducido de hombres, su instinto no le engañaba. En Portman pudieron, venciendo las dificultades que fuera, haber situado en tierra unidades de choque, que no faltaban entre las tropas embarcadas. La brigada 206 constaba de cuatro mermados batallones y eran las únicas fuerzas organizadas que operaban en la ciudad. Esas unidades nacionales —seguimos hablando en hipótesis— hubiesen podido, en

primer lugar, reforzar las baterías en poder de Arturo Espa, más las antiaéreas, y operar después sobre la ciudad. Asegurado el arsenal, y la Muralla del Mar, donde contaban con fuerzas que les hubiesen apoyado, les resultaría posible facilitar el desembarco de mayores efectivos, atacar a las baterías del frente derecho en poder de los «gubernamentales» (que en ese momento no sabían lo que eran) y proteger a quienes en aquel frente derecho aún resistían. En esas condiciones el desembarco general podía llevarse a cabo en el mismo muelle de Cartagena. La moral de los que estaban en el parque hubiese subido de grado hasta permitirles convertirse en una fuerza combatiente en el corazón de la ciudad, y a la brigada 206 no le hubiese quedado más solución que, o inmolarse en una lucha callejera, o retirarse. Todo esto son puras especulaciones cerebrales. Quienes debían decidir en aquel momento sobre la conveniencia del desembarco no disponían de más información que unos mensajes que se advertían optimistas y en ocasiones desmentidos por los hechos, y esos mismos hechos, que debían desconcertarles. Si transcurridos tantos años y con datos a la vista hay que realizar aún un esfuerzo considerable para poner en claro lo que ocurría en Cartagena, mucho exigir sería que lo comprendieran en pocas horas quienes se encontraban a varias millas de la ciudad y con penuria de elementos de juicio. Por otra parte, los sublevados, incomunicados entre sí, tampoco estaban en condiciones de suministrar informes demasiado exactos sobre la situación general que ellos mismos desconocían. Supongo que, utilizando términos más estrictos, alguien habrá especulado sobre la irreversibilidad de los acontecimientos; a la memoria me viene una forma vulgar y perogrullesca de un amigo que decía al respecto: «Si la meva tia tingués c... seria el meu tio». Las cosas ocurrieron así.

He hablado con muchas de las personas que intervinieron en los sucesos de Cartagena en distintas posiciones y bandos. Entre quienes desempeñaron un papel de primera línea, el porcentaje de aquellos a quienes he conocido y me

han facilitado datos es elevado. Con uno de ellos no he conseguido verme, pero hemos cambiado tan larga y detallada correspondencia y su generosidad ha sido tanta, adelantándome datos de un libro que piensa publicar, que le considero amigo. Tres personas con quienes hubiese deseado hablar, mejor dicho, cuatro, tanto para llegar al fondo de algunas incógnitas que se me plantean como para tratar de descubrir la intimidad de su ánimo, por curiosidad de novelista, y también por conocer los resortes secretos, los que funcionan en la oficina del alma, y que tanto influyen en la historia, han muerto. El coronel Armentia sería el primero. Creo haberlo interpretado con justicia y dar la clave de sus móviles y actitudes en cada momento, o por lo menos ayudo al lector a imaginarlas. Es, a mi entender, la figura humanamente más dramática de todo el conflicto. ¡Cuánto debió padecer en unas horas hasta ese momento en que empuña la pistola y sale al corredor a enfrentarse con el enemigo! (Y qué equívoca resulta aquí la palabra enemigo). También hubiese deseado conocer a Fernando Oliva; sólo sé de él lo que me han contado, que no ha sido mucho y lo que pueda «decir» una fotografía que un poco por casualidad ha dado en mis manos. También conozco su conducta, aunque en ella existen varios eclipses, me refiero a las horas en que permaneció en la base, difíciles de rellenar con la imaginación. Oliva no se rindió; la base fue tomada por asalto y él hecho prisionero. Ese documento que en el libro le dejo redactando no lo he leído; no creo que se conserve. Desearía haber conocido a don Miguel Buiza. En los fascículos de «Códex» se ha publicado de él una breve y sugestiva semblanza; la fotografía es defectuosa y apenas responde a ninguna pregunta que pueda hacersele. Buiza se llevó a la tumba algunos secretos; su conducta, a veces, parece paradójica; quizá no lo fuera tanto. Y lo mismo podría decirse de la de Fernando Oliva. El otro personaje, el cuarto, al cual me refiero, es Calixto Molina. Le veo impulsivo, generoso, decidido, precipitado. Digo en un momento que fue el «detonante», por lo